

asi, de su retiro, en donde ella queria permanecer para participar de la suerte de sus compañeras. El interés que por lo regular inspiran la inocencia, el candor y la virtud, unidos á las gracias de la juventud, se reanimó en el supremo momento en que Maria Carolina tocaba á las puertas de la eternidad. Un oficial se aproximó á ella, y la declaró que si consentia en casarse con él, le prometia salvarla; la jóven respondió que preferia la muerte.

Habiendo subido las tres víctimas al cadalso, quiso la tierna madre, para dulcificar el sacrificio de sus hijas, y sin duda para inspirarlas aliento con su presencia, que pudiesen antes que ella. La especie de seguridad que de su felicidad tuvo entonces, fué para su corazón maternal y religioso un precursor de la dicha que á ella misma la esperaba.

Hugo José Guillermo Baudus, teniente particular del senescal de Cahors, ofreció un espectáculo no menos edificante.

Este caballero nació en Cahors en 1725, de una de las mas ilustres familias del país, y no degeneró de la virtud de sus antecesores, que se había ido perpetuando como hereditaria en su familia (1). El jóven Baudus recibió una educación muy esmerada, correspondió á los votos de sus padres, y mereció por su constante aplicacion llegar á desempeñar dignamente los mas altos destinos. Hecho teniente particular del senescal de Cahors, manifestó en este empleo la integridad, prudencia y desinterés de un buen magistrado. A las eminentes calidades de hombre público unió las de buen cristiano, y al celo de su caridad debieron muchas familias ver apaciguado en sus hogares el fuego de la discordia. Jamás fueron sus sentencias censuradas de la menor parcialidad, ni aun de parte de los mismos á quienes eran contrarias. Por su piedad tierna y

(1) Carrion, *los Confesores de la fé*, etc., t. 2, p. 496-500.

fervorosa mereció ser nombrado comisario de las cárceles de la ciudad. Cada semana hacia una visita á las cinco cárceles que en su recinto habia, y confortaba á los presos hablándoles de Dios, rezando con ellos, y mostrándose bajo todos conceptos como un padre lleno de ternura. Después de proporcionarles el alimento espiritual, proveia abundantemente á todas sus necesidades. Pero los asilos de los infortunios y de los desórdenes de la humanidad no eran bastantes para satisfacer la caridad de este verdadero amigo de los hombres. No se ideaba en Cahors una buena obra en la que él no tuviera parte, ni se formaba una corporacion religiosa de la que él no fuese miembro. Buen esposo, buen padre, iba educando á su familia en el santo temor de Dios; de manera que su casa era la imagen de un convento; su vida una oracion continuada; en la ciudad, en el campo, de viage y en todas partes hablaba casi siempre de Dios, y habia llegado á tan alto grado de fervor, que ni la sociedad de sus compañeros ó amigos era un obstáculo para sus coloquios con el divino Dueño. Tal era el virtuoso ciudadano de Cahors á la aurora de la funesta revolucion. Escusado es decir que tales virtudes no podian menos de llamar la atencion de los enemigos del trono y del altar, y que por ellas tuvo que sufrir las mayores vejaciones con noble resignacion; pero no se desmintió en ellas; mas la prudencia cristiana le aconsejaba sustraerse á la persecucion, y asi lo hizo alejándose de la ciudad por algun tiempo.

Quando las autoridades mandaron prender á todos los individuos sospechosos de realismo, ¿cómo habia de poder librarse Baudus de figurar entre ellos? Hacía ya bastante tiempo que estaba entre los presos, cuando fué denunciado al comité de seguridad general por una carta que habia escrito antes de haber sido arrestado, y al fin de la cual recomendaba que se rogase por el rey en atencion á que se hallaba en un gran peligro. En virtud

de esta acusacion, se dió la orden de remitirle á los tribunales de Paris. Juzgando el santo acusado, al oír esta noticia, que estaba cercana su última hora, no se ocupó mas que de prepararse para comparecer ante el soberano Juez. Sacáronle de Cahors el 15 de junio de 1794, domingo de la Santísima Trinidad, y fué conducido ante el tribunal revolucionario. A la primera pregunta que le hicieron de cómo se llamaba, respondió: «Yo soy cristiano.» Quisieron saber su apellido y dijo: «Católico romano.»—«¿Habeis sido afecto al rey?»—«Siempre he reconocido en él al hijo primogénito de la Iglesia.»—«Si respondeis de ese modo, buen hombre, seguro es que se os hará morir.»—«Eso es lo que yo no temo: solo un cobarde puede temer la muerte, tratándose de confesar la fé.» Baudus tenia en la Convencion un sobrino que habia sido regicida. Este, movido por las instancias de todos los parientes, logró predisponer los jueces á absolverle, pero con tal que negase haber escrito la carta de que acabamos de hablar. Fué á dar cuenta al preso de las diligencias que acababa de practicar en su favor, y este respondió que no podia mentir; mas el sobrino, no creyendo sin duda el noble lenguaje de la virtud, se marchó persuadido de que el temor de una muerte inminente le haria hacer la retractacion que se exigia para salvarle la vida. Volvió el confesor de la fé á comparecer ante sus jueces, quienes le preguntaron si reconocia la carta que servia de base á la acusacion. «Sí, respondió sin vacilar el preso, la reconozco porque es mia.» El sobrino se apresuró á representar á los jueces, que el temor habia trastornado la cabeza del acusado: «¡Ojalá, replicó este al oírlo, que la tuviérais tan tranquila como yo!» Asi, este digno magistrado fué condenado á muerte y ejecutado el 4 de julio de 1794, como mártir de la verdad, de la fé y de la monarquía.

Quando en 1792 espulsaron de su con-

vento á las religiosas carmelitas de Compiègne, se quedaron en la ciudad catorce de ellas con dos criadas (1). Su constante amor á su estado les hizo elegir casas que se parecian mucho á clausuras: dejábanse apenas ver de la gente del mundo; pero ellas entre sí se visitaban frecuentemente, oraban en comun, y edificaban con la sublimidad de sus virtudes á las familias cristianas.

Mas esta ejemplar conducta no tardó en esponerlas á todo el furor de los impíos, y á principios de mayo de 1794 fueron todas reducidas á prision. Mulot de La Renardiere, primo de una de las religiosas, fué tambien complicado en su causa. La esposa de este Mulot estaba entonces detenida en la casa de arrestos de Chantilly.

El convento de la Visitacion de Compiègne les servia de cárcel, en la cual se hallaban tambien detenidas, contra todo derecho de gentes, las religiosas inglesas benedictinas de Cambray. Habíanse puesto estas en camino para pasar á Inglaterra, cuando su orden fué destruida en Francia. Sus justos votos fueron denunciados como culpables, y las tenian detenidas en aquel convento como si hubieran sido reos de Estado. Tanto para estas religiosas como para las carmelitas era un gran consuelo poder exhortarse mutuamente en sus males; pero este consuelo les fué cruelmente negado. La mas severa vigilancia les quitó todo género de comunicacion entre sí.

Las carmelitas no permanecieron mas que un mes en esta prision: el 10 ú 11 de junio fueron conducidas á Paris y depositadas en la Conserjería. Hallándose á su paso algunos satélites del crimen al entrar en la capital, las abrumaron de insultos y las amenazaron á voces con el cuchillo de la guillotina. Su contestacion fué bendecir al Señor por haberlas juz-

(1) Jauffret, *Mem. para la Hist. de la Religion á fines del siglo XVIII*, t. 2, p. 351-367.

gado dignas de sufrir por su nombre y rogarle por sus perseguidores.

Mulot, que fué también trasportado á París en el mismo carruaje, sufrió con pena el rigor de su suerte. La madre priora de las carmelitas tuvo la fortuna de inspirarle resignación despertando en su alma sentimientos más cristianos. Otro tanto consiguió aquella ferviente religiosa con una de sus legas, que se quejaba con tanta amargura de la injusticia de los hombres, que ya casi parecía que acusaba á la justicia del cielo. Convencida la lega por las eficaces razones de la superiora, se sometió gustosa á los altos decretos de la Providencia, bendiciendo la ocasión que les abría camino para participar de un modo tan glorioso de la cruz de su divino Maestro y de sus Santos.

Nada omitió la superiora para infundir esta moral celestial á su comunidad. La señora de Chamborand, religiosa carmelita de San Dionisio, acababa de consumir su sacrificio sobre el patíbulo con el mismo heroísmo cristiano que los mártires de los primeros siglos. Al saber la superiora este fin sublime: «Hijas mías, dijo, mas bien debemos alegrarnos que aflijirnos por este suceso. ¡Ah! si el Señor nos reservase una suerte tan venturosa, tengamos presente la máxima de nuestra santa regla: *Que el mundo y los ángeles nos están contemplando*. Seria en efecto muy vergonzoso que una esposa del Dios crucificado no supiese sufrir y morir.»

Las religiosas carmelitas de Compiègne comparecieron ante el tribunal revolucionario en 17 de julio de 1794, habiéndose estado continuamente ofreciendo en holocausto á Dios durante los treinta y cinco dias que pasaron en la Conserjería. Todos los dias á las dos de la mañana se las oía rezar en comunidad sus oraciones. La anciana superiora puede decirse que en cierto modo desafiaba al rigor de los suplicios. «Creo, solia decir, que con la gracia de Dios el cuchillo de la guillotina me pa-

recerá dulce y ligero. No diria yo otro tanto de un suplicio mas cruel.» Otras religiosas, sin pararse á considerar el género de suplicio, se lamentaban solamente de no creerse bastante dignas de morir por tan bella causa; y la madre priora, pocos dias antes del arresto, dió un afectuoso abrazo á una de estas hermanas, que parecia darle esperanza de semejante muerte.

Víctimas tan bien dispuestas estaban enteramente prontas para el sacrificio. Llegó el dia de consumarlo. Conducidas ante el tribunal se las leyeron los tres graves cargos de acusacion por que habian sido arrestadas.

El primero era haber ocultado en su convento armas para los emigrados.

El segundo era esponer el Santísimo Sacramento los dias de fiesta bajo un dosel que tenia poco mas ó menos la forma de un manto Real.

El tercero era estar en correspondencia con los emigrados y remitirles dinero.

El tribunal dirigió la palabra á la madre priora, Teresa de San Agustín.

Al primer cargo contestó enseñando el Crucifijo que las carmelitas llevan siempre consigo, y diciendo: «Hé aqui las únicas armas que siempre hemos tenido en el convento, y nadie podrá probar que hayamos tenido otras.»

Al segundo capítulo de acusacion contestó: «que el dosel ó pabellon del Santísimo, era un antiguo ornamento del altar; que su forma nada tenia que no fuese parecida á los demás ornamentos de la misma especie; que nada tenia que ver con el proyecto de contra-revolucion que se les suponía; y que no podia imaginarse se les pudiera hacer con toda formalidad un cargo semejante.»

Al tercer cargo dijo: «que si ella habia recibido algunas cartas del antiguo confesor de su convento (sacerdote deportado), no se hablaba en ellas mas que de asuntos meramente espirituales. Y si esto, añadió

la superiora, pudiese ser un crimen, de ningún modo seria imputable á toda la comunidad, que segun la regla no puede tener correspondencia sin permiso de la superiora, no solo con personas estrañas, sino hasta con sus más próximos allegados. Si pues necesitais una víctima, aqui estoy yo, y á mí sola es á quien debéis herir, porque estas son inocentes.»—«Ellas son tus cómplices,» replicó el presidente del tribunal. La madre superiora quiso tomar la palabra; pero los jueces no quisieron oirla. Entonces la superiora quiso por lo menos salvar á las dos criadas ó demandaderas: «y á estas pobres muchachas, dijo, ¿de qué se las puede acusar?»—«De ser tus agentes en el correo.»—«Pero ellas no podian saber el contenido de las cartas, ni podian menos de hacer lo que yo les mandase.»—«Silencio, replicó el presidente; su deber era haber dado aviso á la autoridad.»

Después de este interrogatorio el tribunal se dió por suficientemente instruido, y condenó á las catorce religiosas y á las dos criadas á la pena de muerte, calificándolas en la sentencia de realistas y fanáticas. Al oír esta última palabra no pudieron menos aquellas santas hermanas de manifestar exteriormente el sentimiento interior de sus inmortales esperanzas. *Fanático* y *cristiano* eran en aquel tiempo expresiones sinónimas, y el oírse calificar de este modo por sus jueces, era lo mismo que obtener por escrito el testimonio de una muerte sufrida por la fé.

Mulot, acusado de ser su capellan, sufrió la misma tramitacion judicial. En vano protestó contra la cualidad de sacerdote refractario que se le daba en el acta de acusacion, probando ser casado y con hijos; y que su esposa se hallaba en aquel mismo instante en la cárcel de Chantilly, corroborando todo esto con certificados los más auténticos: en vano invocó el testimonio de uno de los jueces, hermano del alcalde de Compiègne, y de

quien no pudo obtener más contestacion que un «no te conozco,» lo cual determinó en el acto la sentencia del tribunal.

A su regreso á la Conserjería, y en el intervalo que medió hasta la ejecucion, la superiora exhortó á sus hermanas con una fé llena de uncion y amor divino. Asi consta por relacion de un labrador de Orleans, preso en la Conserjería, que desempeñaba las veces de enfermero y que se valió de este pretexto para despedirse de las religiosas de Compiègne. Este fervoroso discipulo de Jesucristo entró donde ellas estaban y les dijo: «Cerca estais, señoras, de vuestra hora postrera, y acaso yo no estoy tampoco muy distante de la mía. Vengo, pues, á encomendarme á vuestras oraciones.—¿Pues cómo, respondieron ellas, estais también preso? ¿por qué causa?—Por fanático y cómplice en la fuga del Sr. Porcher, párroco de Fidonville.—¿Pues amigo, encomendadnos vos mismo á Dios durante este dia, pues bien lo necesitamos; y en cambio esta noche rogaremos por vos en el cielo.» Este buen labrador añade que no es fácil formarse una idea del respeto que infundia la abnegacion de aquellas generosas víctimas. «No parecía, sigue diciendo, sino que iban á unas bodas.» Todas suspiraban por el momento de su sacrificio, y se invitaban mutuamente á mostrarse impávidas y denodadas en aquel último combate.

Entretanto aquellas heroicas vírgenes no habian tomado aun ningun alimento, y la hora del suplicio podia tardar, siendo de temer que unos cuerpos demasiado debilitados llegasen á sucumbir de fatiga. No quiso su venerable madre esponerlas á semejante aparicion de debilidad, y en obsequio de la Religion quiso prevenir aquel inconveniente. La subpriora fué de la misma opinion. Vendieron, pues, una prenda de ropa, y con su importe se proporcionaron una jicara de chocolate para cada una; y habiendo dado gracias á la Pro-

videncia por aquella última comida, se des-  
ayunaron con admirable serenidad de ánimo,  
disponiéndose en seguida para morir, cual  
conviene á un cristiano.

Se ha publicado que en aquel momento  
entonaron un cántico de triunfo que Mulot, ó  
acaso alguna de las santas hermanas habia  
compuesto, acomodándole al mismo ritmo de  
un himno de victoria que en aquella época  
cantaban continuamente los revolucionarios en  
todas las ciudades y ejércitos de Francia. En  
dichos versos no es el mérito literario el que  
se ha de buscar, sino el del sentimiento cris-  
tiano que los inspiró.

En la primera estrofa, aquellas magnáni-  
mas esposas del Señor se invitan mutuamente  
á entregar su corazón á la alegría. El día de  
gloria brilla ya para nosotras, decían en su  
cántico. Ondeá ya desplegado el estandarte de  
Jesucristo. Marchemos con planta segura há-  
cia el patíbulo. Subamos á él sin temor. El  
lugar del combate es para nosotras el lugar  
de la victoria.

En la segunda estrofa manifestaban aque-  
llas vírgenes de Jesucristo, que la mayor feli-  
cidad para un verdadero cristiano es el poder  
seguir la huella ensangrentada que Jesucris-  
to trazó sobre el Calvario. Vuélvenseluego sus  
miradas hácia la Francia. El reciente ejemplo  
de los sacerdotes y de los fieles, mártires ge-  
nerosos de la fé, excita su emulación. Espre-  
san el deseo de ver á todos los amigos de  
Dios sellar con su sangre la Religión del  
Evangelio.

En la tercera estrofa las santas hermanas  
confían á Dios los pensamientos y sensaciones  
contrarias que el aspecto del suplicio suscita  
en su alma. De Dios es de quien únicamente  
esperan socorro, y suspiran ardientemente  
por el momento en que su alma vuele en  
completa libertad.

En la cuarta y quinta, invocan la asisten-  
cia de la Reina de los cielos, primero para  
ellas, y luego para su patria. Renuevan el

acto de aceptación de su martirio, y esperan  
verse antes de mucho unidas para siempre  
á la sociedad de los justos, para cantar eter-  
namente con ellos las alabanzas del Señor.

Parece cierto que Mulot no se separó de  
aquellas vírgenes cristianas, y que gozó tam-  
bien del incomparable beneficio de verse aso-  
ciado á ellas en el último trance de su vida.  
Por último, se confortaron contra los terrores  
del cadalso rezando el oficio de difuntos, y  
cuando los verdugos fueron á buscarlas, su-  
bieron intrépidamente al fúnebre carro con  
el rostro sereno y lleno de recogimiento, en  
señal nada equívoca de la paz, serenidad y  
dulce meditación del alma. El público obser-  
vó que todas iban vestidas de blanco, cuyo  
color sentaba perfectamente al candor de sus  
virtudes. Durante su tránsito reinó el mas  
profundo silencio á pesar de la inmensa turba  
de pueblo que las rodeaba. Desde la cárcel al  
cadalso ellas fueron rezando las oraciones de  
los agonizantes.

Muchos sacerdotes acostumbraban acom-  
pañar vestidos con trajes profanos el carro de  
las víctimas, ó bien se collocaban á su tránsi-  
to ó en el sitio mismo de la ejecución en pa-  
rajes desde donde pudiesen bendecirlas, en  
nombre de Jesucristo, derramando sobre ellas  
todas las gracias que el sacerdocio puede  
conceder al moribundo que va á comparecer  
ante su Criador. No faltaron por cierto esta  
especie de socorros á las religiosas. Todos los  
sacerdotes que se dedicaban á este penoso  
ministerio, debieron desempañarle esta vez  
para su propio consuelo y acompañar á estas  
santas víctimas con sus votos y bendiciones.

Cuando llegaron á la plaza de la Barrera  
del trono que era donde estaba el patíbulo  
entonaron el *Te Deum*, y sobre el cadalso el  
*Veni Creator*, que los verdugos les dejaron  
acabar. Luego con voz clara é inteligible, pro-  
nunciaron todas juntas la fórmula de los votos  
de su religión, y una de ellas añadió: Por muy  
feliz Dios mío, no tendré si este ligero sa-

crificio consigue desarmar vuestra cólera y  
disminuir el número de víctimas. Después  
de esto se fueron una á una presentando como  
inocentes corderos á la cuchilla que debia se-  
parar su cabeza. La superiora, parecida en es-  
to á la madre de los Macabeos, pidió por favor  
ser sacrificada después de todas, y se aprove-  
chó de este tremendo plazo para inspirarles áni-  
mo y renovar á Dios el sacrificio de su vida.  
No le negó el cielo este dulce consuelo; ningun-  
a de sus nobles hijas dió la menor señal de  
debilidad: todas supieron morir como vírgenes  
mártires. La superiora fué la última que mu-  
rió y voló al seno de su divino Esposo á recibir  
juntamente con sus hijas la palma del martirio  
y la corona de la virginidad.

Recordemos dos memorables circunstan-  
cias al hablar de este fin tan glorioso.

La primera es que hacia un año que la  
venerable superiora hacia rezar diariamente á  
su comunidad una oración por los encarcela-  
dos, en la cual las religiosas carmelitas de  
Compiègne se ofrecían á Dios como víctimas  
expiatorias por la libertad de todos los opri-  
midos.

La segunda es que pocos días después de  
su muerte, Dios hizo cesar, como si hubiese  
aceptado sus súplicas, el reinado del terror, y  
de este modo se abrieron las puertas de las  
cárceles para dejar salir muchos proscriptos,  
que sin esta circunstancia no se hubieran li-  
brado del patíbulo; advirtiendo que en solo  
París se veía el cruel espectáculo de sesenta  
ó setenta víctimas conducidas diariamente al  
patíbulo.

En las prisiones de Orange se hallaban  
detenidas cuarenta y dos religiosas de diver-  
sos conventos de las diócesis de Aviñón, de  
Carpentras y de Cavailon (1). Al día siguiente  
de su llegada, 2 de mayo de 1794, se reunie-

ron en un mismo salon, y poseídas de un mis-  
mo espíritu, y no dudando de su próximo fin,  
se convinieron en regirse por una misma regla,  
y no seguir mas que un solo método de vida,  
sacrificando de este modo al espíritu de union  
y de caridad todas las diferencias que en sus  
prácticas hubieran podido suscitar las diversas  
reglas de las órdenes en que habian profesado.  
Desde este momento, á manera de los primiti-  
vos fieles, hicieron comunidad de bienes.

Cada día á las cinco de la mañana princi-  
piaban sus ejercicios por una hora de medita-  
ción seguida de oficio de la Santísima Virgen,  
que las disponia al rezo comun de las oracio-  
nes de la misa.

A las siete tomaban algun alimento: á  
las ocho se reunían para rezar las letanias de  
los santos y prepararse á bien morir: cada una  
de ellas se acusaba en alta voz de sus faltas  
y se disponia á recibir espiritualmente el santo  
Viático.

Poco después de estos ejercicios era la  
audiencia pública del tribunal, y como todas  
esperaban en sucesivamente compareciendo,  
rezaban en comunidad las oraciones de la  
Estrema-Únion, renovaban los votos del ban-  
tismo y los de religión, y en sus santos entu-  
siasmo esclamaban: «Si, Dios mío, somos reli-  
giosas, y tenemos el mayor placer en confe-  
sarlo. Gracias os damos, Señor, por haber-  
nos dispensado esta gracia».

A las nueve empezaban á llamarlas para  
ir al tribunal: todas esperaban oír su nombre:  
solo en esto parecía haber una noble rivali-  
dad. Cierta día se mandó comparecer á dos  
hermanas carnales, las señoras Roussillon, re-  
ligiosas de un mismo convento, y no se con-  
denó mas que á una de ellas á muerte. «¿Cómo,  
hermana mia, gritó la que habia sido conde-  
nada á sobrevivir á la otra, cómo puedes  
caminar al martirio sin mi compañía? ¿Qué  
he de hacer yo en la tierra sin tí? ¿Cómo me  
he de valer en tan triste destierro sin tu  
compañía? No desmayes, hermana mia,

(1) Jautrot. *Memor. para la Hist. de la relig. á  
fines del siglo XVIII*, v. 2, p. 373-389.